

notes

internacionals

CIDOB

26
ENERO
2011

¿POR QUÉ TENDRÍA TURQUÍA QUE JUGAR LA CARTA OCCIDENTAL?

Francis Ghilès Senior CIDOB

En los últimos años, Turquía ha resurgido como poder regional seguro de sí mismo en áreas de interés vital para la Unión Europea y para los Estados Unidos. Ya no representa aquél humilde suplicante que el Occidente europeo y estadounidense imaginó que siempre sería. Hoy es un poder vibrante económicamente, políticamente confiado, que ha superado con creces el rol que Occidente le había adjudicado en el tablero regional y mundial. Ésta es una de las lecturas posibles de la recuperación de la confianza de Turquía en sí misma. Otra lectura, muy de moda últimamente, sugiere que Turquía está buscando recuperar el liderazgo que tuvo en tierras del antiguo Imperio Otomano, una lectura que casa bien con el objetivo de *Pax Ottonama* declarado por Ahmet Davutoglu, actual ministro de exteriores turco. En opinión de algunos observadores en Europa y de aquellos que, en tierras turcas, están comprometidos con los principios políticos seculares de la Turquía moderna establecidos por su fundador, Mustafá Kemal Ataturk, la ruptura con Israel a partir de la crisis de la flotilla humanitaria en Gaza, y la irritación creciente del primer ministro Recep Tayyip Erdogan conllevarían peligrosas derivas.

Cualquiera que sea la realidad, se hace evidente el contraste entre el nuevo estatus regional de Turquía y el desdén mostrado por la Francia de Nicolas Sarkozy y la Alemania de Ángela Merkel. El gobierno turco confía en que la

creciente influencia de su país en la región fortalecerá su proceso de adhesión a la Unión Europea, pero no está tan claro que sea éste el caso. Para aquellos norteamericanos y europeos que conocieron el país en la segunda mitad del siglo XX, su Turquía imaginaria es aquella eternamente deudora y eternamente agradecida por haber sido invitada a ocupar cualquier humilde silla en la gran mesa occidental. Pero un contraste con la realidad nos muestra que Turquía cuenta hoy con una economía dinámica y en crecimiento; con una revolución constitucional que, por lo menos hasta hace muy poco, ampliaba los derechos democráticos; y con una política exterior que, al ir resolviendo antiguas disputas con sus vecinos, busca la afirmación del país como nuevo poder regional.

Turquía está utilizando, de manera creativa, las herramientas del poder blando desarrolladas por la Unión Europea. La creciente influencia regional del país es reflejo del declive de Europa, un estado de cosas que pone nervioso en París, Londres, Berlín y Washington. Si durante casi todo el siglo XX, debido a los constreñimientos de la construcción nacional, y luego de la Guerra Fría y de un errático desarrollo económico, Turquía actuó por debajo de sus posibilidades, hoy el riesgo es que sus líderes se crean su propio triunfo y se imaginen a sí mismos como actores principales de la escena global. Practicar *realpolitik* es una cosa, pero representar a la cultura islámica en su conjunto es otra muy distinta.

El fundador de la Turquía moderna no le temía al mundo exterior: su nacionalismo miraba hacia fuera y era capaz de combinar un reconocimiento realista de los atrasos de una sociedad rural con una fe completa en la capacidad de su país para superarlos. El laicismo resultó central a la revolución política que impulsó Kemal Atatürk, pero en ningún momento significó renunciar al Islam. Tuvo cuidado en preservar las élites urbanas a la vez que prohibía las cofradías religiosas. No asistimos hoy a un renacimiento religioso sino más bien a una redistribución del poder social entre quienes se reclaman representantes de la “verdadera” Turquía (la de Atatürk) y las clases medias, que fueron ampliamente ignoradas hasta el ascenso al poder del Partido Justicia y Desarrollo (AKP). El “Islam laico” que ha surgido gradualmente en Turquía puede parecer desatinado en teoría pero se ha demostrado muy viable en la práctica. Atatürk creía en la existencia de una sola cultura en el mundo, una única civilización. Pero aun cuando esto pudiera ser cierto en lo que se refiere a la alta cultura, no lo es manifiestamente cuando se trata de la cultura en su sentido antropológico, es decir, como forma de vida de la gente. A la clase social a la que pertenecía Atatürk no le resultó difícil adaptarse al estilo europeo, pero el fundador de la Turquía moderna infravaloró la dificultad que supondría arrastrar a la mayoría de sus ciudadanos en esa misma dirección.

El laicismo resultó central a la revolución política que impulsó Kemal Atatürk, pero en ningún momento significó renunciar al Islam. Tuvo cuidado en preservar las élites urbanas a la vez que prohibía las cofradías religiosas. No asistimos hoy a un renacimiento religioso sino más bien a una redistribución del poder social

Existirían al menos cuatro prerequisites o, más bien, cuatro pilares sobre los cuales Turquía podría apoyarse en su intención de jugar, a través del uso de las herramientas del poder blando, un mayor rol como poder regional. El primer pilar sería su prosperidad y el progreso económico; el segundo, la legitimidad democrática del primer ministro; el tercero, su capacidad de plantar cara a Israel y, como último pero no menos importante, el pilar que representa su aceptación como miembro de pleno derecho de la Alianza Occidental.

La prosperidad y el progreso económico

El primero y más importante es pues el pilar de la prosperidad y el progreso económico. El principal objetivo de Recep Tayyip Erdoğan en política exterior es hacer negocios. Estambul ha recuperado su papel como centro glamoroso del comercio regional, que induce un producto interior bruto de 150.000 millones de dólares. La abolición de los visados para viajar desde y hacia Irán y Siria ha sido una bendición para el comercio. Pero todo esto no habría sido posible si Turquía no hubiese llevado a cabo las dolorosas reformas

exigidas por el FMI primero, y luego por la Unión Europea. A partir de ahí se han desarrollado poderosas corporaciones industriales que han sabido aprovechar las oportunidades que ofrece el mercado europeo y el *hinterland* turco en Oriente Próximo y en la Europa del Este.

La prioridad de la política exterior turca se sitúa en la expansión de una economía que ya tiene un tamaño que supera la mitad de toda la economía de la región del Próximo Oriente y del Norte de África. Pero, proporcionalmente, Turquía vende en Oriente Próximo la mitad de lo que vendía hace dos décadas, representando hoy esta región sólo una cuarta parte del total de sus exportaciones. El comercio con el Próximo Oriente es, sin embargo, muy lucrativo puesto que, mientras que el país manejaba en 2009 un déficit de la balanza de pagos con el resto del mundo, disfrutaba de un superávit de 8.000 millones de dólares con los países árabes, mercado que ese mismo año representó el 18 % del total de las exportaciones, contra el 9 % en el 2002. El mercado de la Unión Europea continúa siendo esencial para Turquía puesto que representa el 50% de su comercio exterior y el 90% de su inversión extranjera directa.

Lo que debería preocupar a los líderes turcos es que el hecho de que, a partir de que el AKP incrementó considerablemente su mayoría parlamentaria en las elecciones de hace 4 años, el impulso a las reformas económicas haya perdido velocidad. La corrupción sigue siendo un problema enorme (Transparency International sitúa Turquía a la par con Cuba). Aún así, el país está a punto de conseguir, por primera vez, que las agencias de *rating* emitan una calificación para inversiones. Mientras reabre

su línea ferroviaria con Siria e Irak y muestra interés en acceder al gas del norte de Irak para alimentar la línea troncal del gasoducto Nabucco hacia Europa central, Turquía es consciente de los numerosos y difíciles retos económicos a los que se enfrenta. En resumen, el comportamiento win-win hacia sus vecinos que caracteriza a Turquía contrasta favorablemente con la ecuación de suma cero que existe en las relaciones económicas entre la mayoría de los países árabes. Aún así, llegado el caso en que la economía turca se debilitase, como ocurrió en los años 90, todo este despliegue de poder blando perdería fuerza muy rápidamente.

Legitimidad del primer ministro

Hace 4 años, el primer ministro incrementó el porcentaje de voto de su partido, el AKP, del 34 al 47%, cosa que dio a su liderazgo mayor peso y poder, tanto en el nivel doméstico como en el internacional. Lo que siguió fue, sin embargo, bastante decepcionante: gobierno y oposición se enzarzaron en amargas disputas culturales a través de los tribunales, cosa que permitió a aquellos que en la UE se oponen a la entrada de Turquía olvidarse de los éxitos con-

seguidos por el país en el desarrollo de un sistema político más moderno. Estos enfrentamientos inútiles tuvieron la desafortunada consecuencia de distraer al gobierno del camino hacia la reforma, a la vez que acentuaron el instinto autocrático del carismático primer ministro. Existe el peligro de que el estancamiento de las negociaciones con la UE alimente los conflictos entre las viejas y las nuevas élites del AKP, pero en cualquier caso el gobierno ha perdido una oportunidad de oro de ocuparse de las debilidades estructurales del país y de mejorar las instituciones que sostienen una economía exitosa. Mientras tanto, el sistema legal continua siendo Bizantino, aunque seguramente sobrevivirá al creciente intrusismo gubernamental en la nominación de jueces, y el sistema educativo evoluciona de manera muy interesante. Las escuelas privadas y las universidades ofrecen a los hijos de las clases medias emergentes oportunidades que, hace más o menos una década, solo eran accesibles a los ricos, beneficiando sobre todo a los que luego podían permitirse completar sus estudios fuera del país. Por todas estas razones, y debido a que Europa atraviesa un período de débil crecimiento (representa el mayor mercado de exportación con el 43% del comercio exterior), Turquía debe concentrarse en una política de "autoayuda". En Europa, los políticos españoles y británicos comprenden que la UE sirve como cabeza de puente para la transición turca, aunque franceses y alemanes son mucho más escépticos, al darse cuenta de la imposibilidad de "vender" la futura integración de Turquía a sus votantes ante la perspectiva de que ello abra la puerta a la posibilidad de una migración masiva hacia Europa Occidental.

Resultará en realidad muy difícil a los líderes europeos continuar presionando para conseguir la incorporación de Turquía sin encarar la cuestión de la migración potencial, sobre todo cuando las tendencias populistas en Europa solo harán que incrementar las tensiones ya existentes. Visto que la inmigración proveniente de países musulmanes resulta tan impopular que puede llegar incluso a transformar la política doméstica, ¿por qué no relegar esta cuestión hasta más tarde y continuar abriendo nuevos capítulos en las negociaciones de adhesión? Aún así, la pregunta es: ¿tendrá Turquía aún mucho que ganar de su integración en Europa? Cada vez hay menos turcos a favor de la entrada en la UE mientras crece el número de líderes y opiniones públicas que se declaran en contra. Lo que importa es que el país debe continuar adelante con las reformas. Mientras Turquía permanezca comprometida en esta dirección, Francia y Alemania deberán mantener creíbles las perspectivas de integración. Por otro lado, la dificultad que tiene Europa de pensar estratégicamente no justifica algunos de los comportamientos del primer ministro turco. Éste debe seguir adelante con las reformas económicas, y evitar seguir dando por descontado que EE.UU. necesita a Turquía más de lo que necesita a Israel. La manera en

que los turcos acomoden el Islam es una preocupación que concierne tanto a turcos como a europeos. Vale la pena recordar en este sentido las palabras que Kemal Atatürk, en su primera visita a Estambul en 1927, tras ocho años de ausencia, pronunció ante la audiencia reunida en el Palacio Dolmabahce: "Este palacio ya no pertenece a la sombra de Alá sobre la tierra, sino a la nación, que es un hecho y no una sombra, y me complace estar aquí invitado como individuo miembro de esa nación". Si los líderes turcos abordan de manera populista el debate del "Islam dentro del secularismo", los extremistas a ambos lados del Bósforo tendrán el terreno abonado. El primer ministro debe promover la libertad de prensa y la democracia en el seno del AKP y evitar al mismo tiempo atestar la judicatura con personas afines: estos son prerequisites para consolidar la democracia en Turquía. También debería evitar rozar el ridículo amonestando a Israel por violar los derechos humanos en Gaza, mientras ignora lo que hace Sudan en Darfur. En general, debería evitar alimentar los prejuicios de algunos líderes europeos y de muchos de sus propios votantes y tener más en cuenta que, en esta época saturada por los medios de comunicación, las salidas de tono emocionales pagan un alto precio.

Cada vez hay menos turcos a favor de la entrada en la UE mientras crece el número de líderes y opiniones públicas que se declaran en contra. Lo que importa es que el país debe continuar adelante con las reformas. Mientras Turquía permanezca comprometida en esta dirección, Francia y Alemania deberán mantener creíbles las perspectivas de integración

Plantando cara a Israel

Algunos observadores occidentales piensan que los actuales líderes turcos dan apoyo excesivo a partidos islamistas en conflictos que muestran un sesgo exagerado contra la parte no-musulmana. Pero los líderes turcos no son los únicos en temer que el reciente relanzamiento de las conversaciones entre Israel y Palestina no sea más que un epílogo en la farsa del Próximo Oriente. Su pesimismo viene provocado por el incansable incremento de los asentamientos judíos en tierra árabe desde el inicio mismo de las conversaciones de paz. El grupo israelí pro-derechos humanos B'Tselem ha señalado que el mayor incremento de colonos judíos en tierra árabe –un incremento del 50%- tuvo lugar entre 1992 y 1996 bajo los gobiernos de los pacificadores Yitzhak Rabin y Shimon Peres durante el momento álgido de los acuerdos de Oslo, y que Israel ya se ha apoderado del 42% del Cisjordania con 300.000 colonos, que se suman a otros 200.000 asentados en Jerusalén Este.

Son éstas las voces de observadores preocupados por el hecho de que la hoy tambaleante legitimidad internacional de Israel representa el mayor peligro para su propia seguridad.

La Unión Europea tiene poca influencia en Oriente Próximo, y tampoco influye mucho actualmente en Israel, así que no debe sorprender que Turquía siga avanzando en la región, aunque todo ello deba ser manejado con cautela. Que el primer ministro turco tenga vínculos emocionales con la causa Palestina es tan respetable como el vínculo emocional que muchos europeos tienen con Israel. Lo que esto quiere decir es que se está alejando del rol de gendarme patrocinado por la OTAN para convertirse en un actor más independiente y decidido a usar algunas claves de la integración regional para ser tenido seriamente en cuenta por sí mismo.

Por otro lado, los líderes turcos deben ser conscientes de varias cuestiones. Por una parte deben continuar poniendo su propia casa en orden, lo que significa resolver acuciantes problemas con los armenios y los kurdos, sin mencionar la cuestión de Chipre. La normalización de las relaciones con Armenia es esencial, lo que significa asumir las matanzas masivas en la era Otomana, mientras que la cuestión de cómo tratar a los kurdos es quizás la mayor losa que hoy pesa sobre la vida política turca, puesto que frena las reformas, condiciona la política exterior y supone un gasto militar enorme. Más allá de estos problemas específicos, las visiones cada vez más polarizadas sobre el liderazgo actual del AKP condicionan negativamente la capacidad del gobierno para asumir un cambio de política que lleve a negociar un acuerdo sobre el futuro de los kurdos. Debe

Haga lo que haga, Turquía continuará siendo un actor importante en el Medio Oriente. Allá donde está implicada en disputas clave, allá donde se encuentra la línea del frente es donde puede afirmar su papel: avances en las cuestiones de Armenia y Chipre ayudaran más a Turquía que cualquier asunto en el que se implique en Oriente Próximo

decirse que el ejército y el viejo *establishment* kemalista son los principales obstáculos al progreso en este frente. Si el AKP se ve condicionado por su pasado islamista y por las tendencias conservadoras de sus principales barones, y si sus líderes ceden al prejuicio de la mayoría en vez de ejercer el liderazgo desde la vanguardia y convencer a sus seguidores del valor de las nuevas ideas, el futuro aparece menos rosado. Tampoco deben los líderes nacionales confundir la agitación con la mediación cuando se trata de políticas hacia sus vecinos y sus numerosas disputas. Mientras Turquía tenga tantos problemas domésticos y una limitada capacidad política y de gestión, la prudencia aconsejaría un comportamiento más sobrio cuando se trata de abordar o intentar resolver la miríada de problemas del gran Oriente Medio. Por último, destruir la prensa opositora ayudará muy poco a promover la diplomacia blanda, por no hablar del diálogo entre los propios turcos. La libertad de expresión ya fue suficientemente atacada en el pasado reciente de Turquía como para no ser cabalmente respetada hoy. Cualquier intento de censura, sea directamente o a través de la asfixia financiera, acarreará un alto coste para todos.

Aceptación de Turquía como miembro de la Alianza Occidental

Es la moderación general de Turquía lo que resulta atractivo. Por un lado, al capital le interesa un país donde imperen las normas y regulaciones al estilo de la Unión Europea, no un país que esté volviendo la espalda a Europa. Por otro lado, Turquía es vista como una vía a través de la que afirmar voces y visiones musulmanas moderadas en Oriente Próximo y en el Norte de África, constituyendo una opción política que no resulte sospechosa para Occidente. Mientras los líderes árabes no tienen interés alguno en seguir el modelo implantado por Turquía, el pueblo conoce la realidad de una Turquía abierta y moderna a través de las series televisivas. Cada vez más árabes son conscientes, como nunca lo habían sido desde el colapso del imperio otomano, de la importancia de Turquía: que esto acabará traducándose en influencia sobre la evolución política y social de los países árabes, está por ver. La irritación estadounidense por el voto contrario de Turquía a las sanciones contra Irán en Naciones Unidas a principios del verano del 2010 acarrió la prohibición de la venta de cierto armamento a Turquía, como muestra de que la política hacia Irán representa un reto particularmente serio, sobretodo porque tanto Estados Unidos como Europa están especialmente decididos a encarar con determinación el problema iraní.

Con estas acciones, los líderes turcos se arriesgan a perder la confianza de Occidente. El primer ministro quizás haya subestimado la importancia que la convergencia con la UE ha tenido para acompañar su éxito. Mientras la Unión Europea, tras la ratificación del Tratado de Lisboa, vuelve al trabajo, y las actitudes hacia Turquía se suavizan en París, el relanzamiento de las negociaciones de adhesión y la aceptación de la importancia

clave de la convergencia con la UE son prerequisites para consolidar el papel de Turquía en la Alianza Occidental. Haga lo que haga, Turquía continuará siendo un actor importante en el Medio Oriente. Allá donde está implicada en disputas clave, allá donde se encuentra la línea del frente es donde puede afirmar su papel: avances en las cuestiones de Armenia y Chipre ayudaran más a Turquía que cualquier asunto en el que se implique en Oriente Próximo. En definitiva, aquí la cuestión central está en saber si el gobierno del AKP conservará suficiente coherencia interna y determinación para salir adelante.

Debe Turquía jugar la carta occidental?

Cuando en verano de 2010, como miembros temporales del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, Brasil y Turquía se negaron a votar a favor de las sanciones a Irán como era deseo de Occidente e intentaron promover un acuerdo por su cuenta, fue difícil no percibir, en las capitales occidentales,

un tono de menosprecio, si no de petulancia, ante el hecho de que dos tales países se hubiesen atrevido a ir por libre. A las grandes potencias de ambos lados del Atlántico les disgustan los discolos: todavía es hora que París y Londres, por no hablar de Washington, asuman el hecho de que ya no son los únicos actores en escena. Tener que acostumbrarse a los chinos está resultando ya una experiencia suficientemente traumática como para aceptar sin más a brasileños y turcos como actores globales. Esto requerirá algún tiempo. Tampoco aceptar a Turquía en la Unión Europea será nada fácil para unos países que dominaron el mundo durante tres largos siglos.

Más allá de esta cuestión, Occidente está viviendo una pronunciada curva de aprendizaje tanto con Pekín, como con Ankara y Brasilia. Desearía que estas economías en rápido crecimiento jugasen con las reglas que Occidente ha determinado durante años, pero en ningún caso se les invita hoy a diseñar un nuevo orden internacional conjuntamente.

Ni en el FMI ni en Naciones Unidas están los vencedores de la Segunda Guerra Mundial listos para soltar ningún cabo. Tal como subrayó un diplomático chino, las actitudes occidentales no están por la labor de ofrecer a China un asiento en la mesa de juego si ésta no está dispuesta a conceder que Occidente sigue siendo el dueño del casino. Con más intensidad incluso que los norteamericanos, los europeos se aferran al Viejo Orden euro-atlántico. Así las cosas, la Unión para el Mediterráneo no ofrece ninguna nueva visión estratégica para el Mediterráneo. Los líderes occidentales se están dando cuenta que la crisis financiera de los dos últimos años ha hecho más por aterrizar al Ícaro Americano y debilitar las economías de la UE que cualquier militancia ismalista violenta: llevará tiempo asumir que tres siglos de supremacía occidental están dando paso a un nuevo equilibrio de poderes.

Muchos en Europa dan la bienvenida a un papel más activo de Turquía en la región. Cualesquiera que sean las dudas, resultan atemperadas por el conocimiento de la historia de Bizancio, de la Roma Oriental o de Estambul. Occidente es bien consciente del rol que tuvo el Islam en transmitir los clásicos de la ciencia y la filosofía griega, y tiene en gran estima la generosa tolerancia que los Otomanos mostraron hacia otras creencias y pueblos, sólo destruida al final, cuando el imperio colapsó (Turquía debe asumir la mancha que la cuestión armenia representan para esta bandera de la tolerancia otomana).

El reto de conseguir una transición política y social siguiendo vías europeas y norteamericanas, de reconciliar a una población fundamentalmente musulmana con patrones y formas de gobierno y de pensamiento occidentales, sigue siendo una cuestión abierta. El éxito relativo de la revolución de Atatürk sugiere que todo ello es posible, aunque extremadamente difícil. Hasta hace muy poco, este objetivo tan solo se había alcanzado en detrimento de otros ideales europeos muy queridos, como son el respeto a la libertad y a los derechos humanos. Hoy, el poder blando que busca ejercer Turquía más allá de sus fronteras depende de su capacidad de evitar guerras culturales. Su historia le ofrece una memoria de múltiples capas, una rica caja de herramientas de diplomacia blanda que no siempre se conduce bajo las normas que Occidente dicta.

El país goza de firmes anclas que le evitan derivar hacia aguas procelosas, cosa que sin embargo ha ocurrido más de una vez en los últimos cinco años. El poder de seducción que representa la integración en la UE, por ejemplo, es un ancla muy buena. Estas herramientas son de gran valor en unos tiempos en que grandes potencias emergen y decaen. La transición de la hegemonía británica a la norteamericana, junto a políticas económicas y monetarias extemporáneas en Londres y Washington, acabaron provocando el crack del 29. El colapso de la Unión Soviética y, hoy, el declive relativo de la UE y los EE.UU. frente a una China en rápida ascensión, suponen riesgos de similar magnitud.

Es por todo ello que la política exterior turca, en su dimensión regional, tienen un tal interés para Occidente. Oriente Próximo es foco de tantas confrontaciones peligrosas, que el uso sofisticado de herramientas de poder blando por parte de Turquía debería ser aplaudido: los turcos pueden y deben hacer una contribución muy útil a la estabilidad futura de toda la región.

Tal como Turquía debe reconciliarse con sus distintos pasados –el Otomano y el Kemalista- debe también recordar que el compromiso de Atatürk lo era con un ideal, no con una área geográfica concreta: él condujo a su país hacia Occidente pero la idea era dirigirse hacia a la civilización moderna dondequiera que ésta se encontrase.